

Apoyo a las instituciones

JAIME ARIAS

LA VANGUARDIA, 27.12.07

Ante dos meses de frenéticas campañas electorales y enfrentamientos dialécticos, el tradicional mensaje de Navidad de la Corona no tuvo nada de rutinario. Más que de balance, sirvió de advertencias varias, de llamada a la razón de Estado y de consenso en el tratamiento de los grandes temas que exigen la superación de naturales tendencias partidistas por parte de las fuerzas políticas.

Don Juan Carlos, siempre en el fiel de la balanza, cumplidor escrupuloso de su función arbitral, buen intérprete del sentir de la gran mayoría de ciudadanos, ha conocido un año de pruebas para las instituciones que vertebran al sistema de monarquía democrática y parlamentaria. Tal vez la más crítica desde el 23-F de 1981. Con intentos de distinto calibre, mucho más sutiles, de desgaste y desestabilización, originados desde sectores radicales de ambos extremos. La lucha antiterrorista y el magno proceso del 11-M han sido utilizados como arma arrojada en detrimento del gobierno, tribunales de Justicia y sistema de seguridad, al tiempo que el Constitucional padece de un bloqueo que congela los recursos contra la aprobación del texto del Estatut. Obstáculo que no rigió para trámites de otras autonomías.

La propia institución monárquica y la figura del Rey, garante del Estado de Derecho, y sus libertades, no han sido respetados. Han sufrido quemaduras de retratos como expresión de supuestos partidarios de una nueva República. ¿Qué tipo de República? ¿La de las democracias populares, las absolutistas de líderes de extrema izquierda o de extrema

derecha? Porque todo cabe bajo un indefinido republicanismo. De todos lados se han atrevido en los intentos de torpedeo de la monarquía democrática. Los ataques a la Corona se han vuelto contra sus autores, efecto de boomerang que ha tenido la virtud de fortalecer la figura del "rey de todos los españoles".

Tal como afirma Tom Burns Marañón en su último libro *La monarquía necesaria*, "a partir del 23-F, el juancarlismo se consolidó en España. Al salvar a la democracia, el Rey demostró ser de "un uso incalculable y la institución por él representada es inteligible. El Rey pudo impulsar ese cambio, arbitrarlo, moderarlo y garantizarlo".

Al pedir apoyo a las instituciones, el Rey no sólo está en su deber y derecho. Le acredita una autoridad y un respaldo popular ganados a pulso. Le consta a una gran mayoría de ciudadanos, hostiles a nuevas aventuras que, como dice Burns, "la monarquía actual es necesaria para garantizar la unidad de una España pluricultural y plurinacional." El reto es igualmente vital para fuerzas políticas que para el soberano. Cuestión sine qua non es la voluntad de vivir en una real democracia.